

JULIE MURPHY

CUANDO
EL

ZAPATO
ENCAJA



CROSS
BOOKS

JULIE MURPHY

**CUANDO
EL
ZAPATO
ENCAJA**

**CROSS
BOOKS**

CROSSBOOKS, 2024
crossbooks@planeta.es
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *If the Shoe Fits*
© del texto: 2022 Disney Enterprises, Inc.
Todos los derechos reservados

Publicado originalmente en español por Editorial Planeta Mexicana, S.A.
de C.V., 2022
© de la traducción: Susana Margarita Olivares Bari
© Editorial Planeta S. A., 2024
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: octubre de 2024
ISBN: 978-84-08-29236-4
Depósito legal: B. 12.457-2024
Impreso en España

El papel de este libro procede de bosques gestionados de forma sostenible y de fuentes controladas.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Capítulo 1

—Espera un momento —digo—. Esta vez, deja que yo me siente encima de la maleta y tú trata de cerrarla, que yo peso mucho más que tú.

Sierra alarga el brazo con un suspiro y tiro de ella para ayudarla a levantarse.

—Cin, ya van tres viajes a la oficina de correos para mandar tus zapatos a casa. Por favor, no dispares al mensajero, pero es posible que tengas que dejar algunos de...

—¡No! ¡Ni lo pienses, S! —Me dejo caer sobre la maleta con una mueca de fracaso—. ¿Acaso es un delito que te gusten tanto los zapatos? Sé que parece muy materialista, pero cada uno de ellos representa un momento importante para mí. Un par para el que ahorré, un par que compré para una cita, uno para una boda, otro para un funeral..., e incluso algunos que creé yo misma. Los zapatos no solo son una obsesión: son el trabajo de mi vida, o al menos lo eran.

Sierra se acucilla e intenta de nuevo cerrar la maleta. Luego, me mira con sus negras cejas fruncidas.

—Dígamelo sin rodeos, doctor —le pido.

—Tres pares —responde—. Si puedes deshacerte de tres pares de zapatos, existe la posibilidad de que llegues al aero-

puerto a tiempo y no pierdas el vuelo. Y, antes de que digas nada sobre ir en el siguiente avión, no puedes pagar las tasas adicionales.

Las palabras *pagar* y *tasas* me hacen decidirme.

—Está bien, está bien.

Me pongo de pie y abro la maleta. Paso los dedos sobre cada zapato, deportiva y alpargata, sobre cada tira de cuero, listón, adorno y piedra. Cada uno de estos zapatos cuenta una historia. No es como si acabara de entrar a una tienda Saks para comprar mi primer par de Manolo Blahnik. Son años de búsquedas en liquidaciones, eBay, Poshmark e incluso Craigslist para encontrarlos, desde Steve Madden, pasando por LuMac, hasta Gucci. Y algunos de ellos son todavía más preciados. Algunos son únicos, originales de Cindy.

Le entrego a Sierra mis zapatos de charol rojo con tacón bajo de Kate Spade.

—Son los que más te gustan —le digo—, y la verdad es que debí haber comprado un número más.

Los aprieta contra su pecho y le brillan los ojos.

—No puedo aceptarlos —me responde—, pero lo haré.

Me río y lloro un poco. Cuando papá murió, durante mi último año de instituto, no imaginaba cómo sería mi futuro, ni si tendría un futuro que valiera la pena. Casi renuncio a venir a Nueva York y solo tenía pensado asistir a algunas clases en la escuela técnica hasta que decidiera qué hacer. Solo deseaba cualquier cosa conocida o que me recordara a papá, pero la única familia que tenía eran mi madrastra y mis hermanastras. Y, después, conocí a Sierra, una chica genial proveniente de una enorme familia griega capaz de encontrar algo en común con casi cualquier persona. De no ser por ella, jamás hubiera sobrevivido en la ciudad de Nueva York. No creo en el destino, pero, si así fuera, tener a Sierra como compañera de cuarto durante mi primer año de uni-

versidad habría sido lo más cercano al destino que pudiera imaginar. Ahora, tras graduarnos la semana pasada, Sierra ya es parte de mi familia, y es la familia que yo misma elegí. Según mi padre, la familia que eliges es igual de importante que aquella en la que naces. Si, después de cuatro años en la Escuela de Diseño Parsons, Sierra fuera lo mejor de ello, habría valido la pena. (Y después del desastre que resultó ser mi último semestre, bien podría ser el caso).

Meto mis sandalias de Balenciaga y mis mocasines favoritos de Target en mi bolso y cierro la maleta. (Oye, no todo es sofisticación).

Mi teléfono vibra con una alerta.

—Ha llegado mi Uber. —Respiro hondo y trato de aguantarme las lágrimas—. Es el momento —le anuncio a Sierra.

La acerco a mí y le doy un fuerte abrazo.

—Te quiero, te quiero, te quiero —decimos las dos una y otra vez.

—FaceTime diario —ordena.

—Dos veces al día —le prometo.

—Y esto no es para siempre, ¿de acuerdo? —me exige con desesperación.

Sierra va a quedarse en Nueva York. Sus prácticas se convirtieron en un trabajo de media jornada como asistente de la asistente de la compradora principal de ropa deportiva en Macy's. Cuando no está haciendo eso, trabaja como camarera para que el dinero le llegue a fin de mes. Quizá no parezca mucho, pero son planes más sólidos que los que yo fui capaz de concretar mientras caía en picado y casi no llego a graduarme.

Asiento con la cabeza enterrada en su hombro, incapaz de pronunciar palabra sin echarme a llorar.

—Solo tenemos que pensar en nuestros siguientes pasos. Esto de ser niñera es solo para salir a flote, es temporal.

—Temporal.

Nos volvemos a despedir entre lágrimas después de meter mis dos maletas y el equipaje de mano en el coche, y me pongo en camino.

—¿Al aeropuerto JFK? —dice el conductor pulsando la pantalla de un móvil mientras sostiene otro entre su hombro y su cara.

Le muestro el pulgar hacia arriba y nos vamos. Quiero rogarle que vaya más despacio para que pueda despedirme de esta ciudad y de todos los lugares que ya son míos. La parada 1 del tren en la calle 28, mi tienda de comestibles, el gato de mi tienda de comestibles, mi sitio predilecto de pollo peruano, la pantalla gigante del Madison Square Garden, en constante movimiento, mi salón de belleza coreano favorito donde tienen las mejores mascarillas faciales... Pero, de manera muy similar a los últimos cuatro años, todo pasa volando y, casi antes de darme cuenta, estoy esperando mi vuelo solo treinta minutos antes de que salga.

Corro al puesto de periódicos de la zona de salidas para comprar algunas revistas, pero las únicas que tienen son sobre las Kardashian y Sabrina Parker, de modo que compro tres pequeños *souvenirs* en forma de bolas de nieve para los trillizos y una botella de agua. Mientras espero en la sala, hay un grupo de hombres con pantalones y americanas que actúan como si alguien fuera a quitarles los asientos de clase ejecutiva si no se sentaran en ellos de inmediato. Mi madrastra, Erica, me mandó dinero suficiente para comprarme un billete de primera clase. Se suponía que era un regalo de graduación, pero usé el dinero para enviar la mayor parte de mi colección de zapatos a casa. Lo más seguro es que Erica hubiera pagado por ello también, pero no existe ningún manual sobre cómo tener una relación con tu madrastra al tiempo que le pides dinero después de la muerte repentina de tu padre.

Cuando papá murió, pasé seis meses viviendo con mi

madrastra y mis hermanastras. Aunque ya nos habíamos mudado a casa de Erica cuando ella y papá se casaron el verano anterior a mi último año de secundaria, esos seis meses después de su muerte me parecieron como si estuviera viviendo la vida de otra persona. Erica y sus hijas, Anna y Drew, sabían cómo existir sin papá. Yo... no. Después de irme a la universidad, Erica empezó a construir una nueva casa, que al fin estuvo terminada el año pasado. Ahora, el único sitio que era como un hogar para mí estaba en el apartamento del que acababa de irme.

Mi teléfono empieza a sonar y supongo que es Sierra, que ya quiere saber cómo estoy, pero no es así.

—Hola —digo.

—Cariño —canturrea Erica—, ¿has tenido algún problema en el control de seguridad? Tenemos que inscribirte en el programa de acceso preferente.

—La verdad es que no vuelo tanto como para eso —respondo.

—Los trillizos están que no caben en sí de la emoción. ¿Puedes creer que van a cumplir cuatro años este verano? Voy a mandar al chófer para que te recoja.

—No hay problema, puedo coger un Uber —digo tratando de pasar casi de puntillas junto a un grupo de adolescentes de excursión escolar—. Perdón...

Me logro mantener de pie unos instantes, pero pierdo el equilibrio y acabo sujetándome en el reposabrazos de un completo desconocido.

Una mano me agarra del brazo para evitar que me caiga y, cuando levanto la mirada, ya estoy casi sentada sobre el regazo de un tipo que bien podría pasar por el príncipe azul. Cabello oscuro, ojos castaños con chispas ámbar y piel aceitunada. Nuestras miradas se cruzan y se congelan por un instante.

—¡Un Uber! —exclama Erica horrorizada—. El sitio donde recogen a los pasajeros de las plataformas de vehículos compartidos en el aeropuerto de Los Ángeles es un auténtico desastre, un verdadero retroceso en la evolución. Insisto en que...

—Oye, Erica, perdona, pero tengo que colgar. —Vuelvo a ponerme de pie con las mejillas encendidas—. ¡Lo siento muchísimo! —le digo a Príncipe Azul.

Me deslumbra con una sonrisa; sus dientes son tan blancos que, si no fuera porque esto es la vida real, pensaría que están hechos con Photoshop.

—¡Auxiiiiilio! —finge gritar en voz baja—. ¡Cuidado con la lava!

Frunzo el ceño intentando darle sentido a lo que acaba de decir.

Su sonrisa se apaga un poco.

—Ya sabes..., la lava, como cuando eras niña y jugabas a que el suelo era lava y tenías que saltar de un cojín a otro.

—¡Ah, ya lo pilló! Es que yo era más de leer, ¿sabes?

—¡Yo también leía! —se apresura a decir.

—¡No, no! ¡No quería decir que no leyeras! —exclamo en un intento por salvar la situación.

—Embarque de los pasajeros del grupo A —se oye por el altavoz.

Príncipe Azul se pone de pie y, por supuesto, también es alto.

—Ese soy yo. Bueno, discúlpame.

Me doy la vuelta.

—¡Cuidado con la lava! —exclamo mientras rodea los asientos donde están los demás pasajeros de primera clase.

«¿Cuidado con la lava?», me digo.

Detrás de mí, el grupo de adolescentes se empieza a reír.

—Muy bueno —me dice una chica blanca que lleva su rizado cabello castaño en una coleta.

—Ahórrate los comentarios —respondo molesta mientras camino por el pasillo a la espera de que anuncien que mi grupo puede embarcar.

De inmediato, me siento mal por comportarme como una cascarrabias. Adolescentes sarcásticas e interacciones torpes con príncipes azules de carne y hueso. Algunas cosas nunca cambian.